Al margen

La amable invitación de la Universidad Autónoma de Barcelona a disertar sobre la aventura de la revista "Entregas de Poesía" (1944-47) viene a desempolvar en los desvanes de mi memoria el operante papel, con los primeros años cuarenta del siglo, de la escuela barcelonesa de poetas en castellano. Como no se registra desde los días de Boscán, por lo menos. Verdad es que siempre hubo aquí quien compusiera en esa lengua, mas poco crédito literario tendrían un Pere Serafí, un Joan Pujol, un Fontanella, de limitarlos a su lírica castellana. Más; el tortosino Torre Sebil, Cabanyes y el también malogrado Piferrer, el propio Bartrina, no dejan de ser casos aislados; como, ya en nuestro siglo, Gutiérrez Gili, Alsamora, el requintado Félix Ros.

Es en nuestra inmediata posguerra, efectivamente, cuando se produce la explosión de poetas en castellano. Pienso en aquellos tempranos tres mosqueteros, que según costumbre eran cuatro, que fueron el irrepetible Ramón Eugenio de Goicoechea, de tan irrestañable caudal épico, para declamado, sí celosamente conservado inédito; el surrealismo a lo loco de Manolo Segalá, en perfecta simbiosis con el surrealismo contenido del caballero Julio Garcés y con la sabia síntesis del arte combinatorio en el "trobar clus" de su inseparable Juan-Eduardo Cirlot. Sin olvido de quienes trajeron las gallinas, quiero decir las columnas primeras de la revista: el entrañado, unamuniano y cultísimo Fernando Gutiérrez, con su "alter ego", el sensual, finísimo y malogrado poeta canario Diego Navarro, insuperable traductor de Leopardi al castellano. A par con el saliniano Pepe Cruset, Alfonso Pintó, Paco Mayans, Susana March, Salvá Miquel, Velloso, los jesuitas Blajot y Bertrán, el escolapio Castelltort...

Y ya a partir de los 50, premio Boscán y "Laye" ayudando, la espléndida floración de los Costafreda, Folch, Ferrán, Sitjá Príncipe, Badosa, los Goytisolo, Gil de Biedma, Barral.

M.

Días de varia luz

En estos ensayos sobre los grandes escritores rusos, tan íntimamente vinculados a su propia sensibilidad, Nabokov propone una profunda reflexión sobre el arte de escribir y la capacidad imaginativa de interpretar la obra literaria.

Lecciones para otra lectura apasionada

Vladimir Nabokov
"Curso de Literatura Rusa"
Edición de Fredson Bowers
Traducción de María Luisa Balseiro
Editorial Bruguera
Barcelona, 1984

PARA la mayoría de nosotros Vladimir Nabokov era, hasta hace relativamente poco, el autor de novelas tan extraordinarias como "Lolita" y "Ada o el ardor". Un novelista de poderoso talento que, exiliado del frío, reunía en una sugestiva amalgama creadora la pasión eslava y la comedida frialdad anglosajona. Esta era la imagen que teníamos del ruso Nabokov, nacido en la antigua Petersburgo en 1899, quince años residente en el Berlín de entreguerras y finalmente trasplantado a los Estados Unidos, donde escribió en inglés y sus restos recibieron sepultura. Pero en 1983 se nos ofreció una nueva y brillante faceta de Nabokov con la traducción de "Curso de Literatura Europea", ya comentada en su día, completada ahora con la aparición de "Curso de Literatura Rusa". Para quienes amamos la literatura, la recopilación de los cursos de Nabokov ha constituido una sorpresa y un indecible placer.

Porque, en efecto, ambos libros recogen las lecciones dictadas por Nabokov a sus alumnos americanos, primero en Wellesley College entre 1941 y 1947, y más tarde en la Universidad de Cornell. Pienso con escalofríos de envidia en lo afortunados que fueron quienes tuvieron la oportunidad de asistir a sus clases, antes de que Nabokov se enriqueciera con "Lolita" y abandonara la docencia. Los que han leído "Curso de Literatura Europea" sabrán a qué me refiero. El sistemático análisis a que Nabokov somete las obras cuidadosamente elegidas de Jane Austen, Dickens, Flaubert, Joyce, Kafka, Proust y Stevenson, escapa a las rígidas metodologías académicas al uso. Nabokov no se encarama a la tarima profesoral investido con la toga y el birrete y decidido a repetir una vez y otra lo que más o menos ya es sabido. El es un escritor del Este europeo que desde muy niño fue educado en el amor a la buena literatura; un privilegiado de gustos aristocratizantes, que en la culta San Petersburgo de los albores del siglo aprendió a leer antes en inglés que en ruso y a los seis años, bajo la influencia de una institutriz francesa, junto a "Guerra y Paz" conoció a Víctor Hugo y Dickens.

Creo deducir que el estilo de esa educación explica muchas cosas. Por ejemplo, que años después Nabokov hablara a sus jóvenes oyentes de autores que desde "siempre" le eran profundamente familiares, esencialmente "suyos".

Ignoro hasta qué punto contribuía a lograr esa corriente de fascinación la voz, el gesto y el hipotético carisma que podía irradiar la presencia de Nabokov en el aula, pero es significativo el hecho de que también opera sobre el lector a través de la escritura. Según parece Nabokov era un tipo peculiar, sólido y eminente al decir del cauteloso Edmund Wilson, de refinada inteligencia como suelen serlo los grandes escritores centroeuropeos. Empezó por inculcar a sus alumnos la pasión por el detalle. Esta era, sencillamente, la clave de su sistema pedagógico. Uno ha leído, según creía con suma atención, "Madame Bovary" en su lengua original, y "Ana Karenina" en traducciones quizá no siempre fiables. Pero nunca se me había ocurrido que era importante anotar como visten las protagonistas en determinadas escenas, o dibujar el croquis de los paisajes que aparecen descritos, o hacer el esquema del vagón-cama que ocupa Ana en su viaje de Moscú a Petersburgo. Nabokov se dedicaba a ello con esmero para mejor situarse en el clima de la novela, e inducía a que los estudiantes le imitaran con objeto de "dilucidar la lógica de reacciones o sentimientos que podrían pasarnos por alto, o para fijarnos en la influencia del entorno social de la época sobre el comportamiento de los personajes".

En definitiva, lo que Nabokov propone en su minuciosa lectura, literalmente exahustiva, de obras que a su juicio son capitales, es partir del análisis del mayor número posible de datos objetivos. Sólo acumulando la información aportada por la misma novela, el lector podrá desvelar el secreto de su funcionamiento y estará en condiciones de interpretar subjetivamente la obra en su globalidad. Es el fin que perseguía Nabokov tras la previa elección de los escritores que en su opinión –hombre de desdeñosas fóbias que le llevaron a prescindir de Stendhal y a despreciar a Mann y Faulkner– son merecedores de formar parte del olimpo literario.

Vladimir Nabokov

En el caso de la literatura rusa, los nombres de primera fila a los que se circunscribe el volumen son: Gogol, Turguéniev, Dostoievski, Tolstoi, Chéjov y Gorki. En ellos sintetiza el panorama de grandes obras que ha brindado al mundo la literatura de su país. No hay discusión posible. Si alguien quisiera saber qué obras de escritores rusos deben ser consideradas indispensables, de obligada lectura, habría que remitirle a la selección hecha por Nabokov, con el añadido de Pushkin, naturalmente. Por mi parte aconsejaría al supuesto solicitante que antes de seguir las lecciones de Nabokov, se entregara a una primera lectura por su cuenta de cada una de las obras y conformara sus propios criterios valorativos. Después, guiado por la luz auroral del maestro, sería llegado el momento de explorar otros accesos que conducen a nuevas experiencias imaginativas, positivamente enriquecedoras para el conocimiento, como si de la mano del profesor de biología se asistiera en el laboratorio a la disección de un cuerpo con el afán de dirimir la remota existencia del alma.

Compartir pasión y magia

Sospecho que esa era la clase de incitación que Nabokov deseaba trasladar al ánimo de los universitarios americanos respecto a la literatura rusa. La búsqueda del espíritu del pueblo ruso, del que se sentía integrante y cuya identidad conservaba entre brumas de nostalgia, canalizada a través del legado de sus más eminentes artistas. Pero la tarea era árdua por un elemental conflicto de sensibilidades. Nabokov sabía muy bien que una cosa era hablar de Dickens e incluso de Proust a su juvenil auditorio de los años cuarenta, y otra muy distinta suponer que podía suscitar en ellos una lectura indagatoria de "El abrigo", de Gogol, o de "En las balsas", de Gorki, sin más preámbulos. La estrategia tenía que ser otra. Convenía establecer una base pedagógica y ésta consiste, a diferencia de los autores estudiados en "Curso de literatura europea", en biografiar a cada uno de los maestros, describir los hábitos sociales de los rusos de la época y personalizar sus opiniones con la mira puesta en lograr que los alumnos compartieran su conocimiento de la pasión interna que alimenta toda gran obra literaria. Pero además era indispensable que supieran captar el hechizo misterioso que ésta posee, su flujo mágico capaz no sólo de arrastrar al lector hasta el mundo imaginativo creado por el escritor, sino de elevarlo, siquiera ilusoriamente, a la altura de la genialidad creadora. Tal era la actitud y el método inteligente que aplicaba Nabokov incluso cuando una vez instalados, él y sus oyentes, en esa cima emocional, sacaba a relucir su agudeza crítica y cuestionaba aspectos concretos de la estética de las obras analizadas, como en el caso de Gorki y también de Dostoievski, que chocaban frontalmente con sus personales concepciones.

Nabokov se muestra siempre inteligente, apasionado y sincero. Nunca cae en la trivialidad, sinónimo para él de filisteísmo según explica en el interesante texto que se incluye al final del volumen, ni se deja seducir por los parpadeos de lo ya institucionalizado por la tradición. Posee un auténtico arsenal de ideas propias y no vacila en exponerlas y justificarlas. Lean con atención sus notas sobre "El arte de traducir". En todo momento, se esté de acuerdo o no con los puntos de vista que expone, es el artista brillante, entregado incondicionalmente a su arte, que en una etapa de su vida ejerció una labor docente y quiso despertar en los demás la pasión por el arte de escribir y hacerles sentir su sentimiento y lucidez ante el ejercicio de leer las obras de los grandes artistas de la literatura.

Al abordar a los rusos hubo todavía algo más. Reflexionó en voz alta, ligeramente trémula, en torno a un mundo que justamente consideraba suyo, cuyas latencias resonaban en él con grave intensidad, y sin embargo tenía por extinguido desde que en 1919 abandonó para siempre la ya por entonces Unión Soviética. El liberal Nabokov habló a los jóvenes de Wellesley y de Cornell de los escritores rusos eternos y de una Rusia secular que evidentemente era puro recuerdo. En realidad les habló pudorosamente de sí mismo, de sus sentimientos y nostálgias, de sus ideas estéticas, de su capacidad de vivir emociones, de sus entusiasmos y rechazos. Imagino que deseaba ser escuchado lo mismo por la inteligencia que por el corazón y le hubiera dolido en el alma ser acogido con indiferencia. Imborrable experiencia la de oírle hablar allí de Tolstoi, sumergido en la atmósfera expectante, electrizada, que fue capaz de urdir en sus cursos. Probablemente tan apasionante como la desatada por esas lecciones impresas que reclaman ser leídas con sensual morosidad.

ROBERT SALADRIGAS

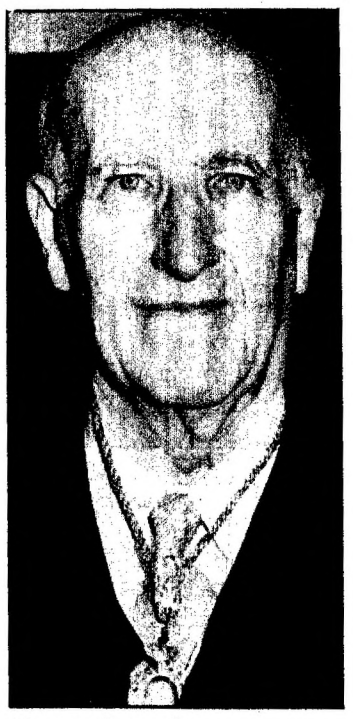
Letras sobre las letras

Admiróse un portugués...

Sabido es que la llamada Amunt els Cors, una asociación de sacerdotes valencianos que desde hace tres lustros trabaja en todo lo relacionado con los libros litúrgicos, al cabo de dos años y medio de labor y revisión –acorde con las normas de la Academia de Cultura Valenciana renovadas en 1979 y 1981–, editó el pasado octubre en valenciano los Santos Evangelios. Acto seguido, los rectores de la Universidad Literaria de Valencia, de la de Palma y las tres de Barcelona dirigieron un escrito al arzobispo Díaz Merchán, presidente de la Conferencia Episcopal, criticando la caprichosa ortografía empleada en dicha traducción y acusando a esa obra de "fragmentar una lengua unitaria". Con gran despliegue informativo recoge nuestro colega "El Alcázar" los términos de una conversación celebrada con el presidente de la mencionada asociación cultural, don José Almiñana, párroco de la valenciana San Esteban. Tras recordar que la única y última versión valenciana de la Biblia es la debida a fray Bonifacio Ferrer, hermano del santo, que se editó en 1478, remacha el párroco: "No hay otra Biblia, pese a lo que digan, posterior a la antes mencionada, hasta los Santos Evangelios editados por nosotros; a no ser que aludan a las versiones catalanas que el pueblo valenciano no entiende". Y concluye: "Cuando se nos acusa de provocar el confusionismo entre los valenciano-parlantes, tan sólo nos cabe pensar que se nos está utilizando políticamente para así aumentar el denominado 'pancatalanismo' o los Países Catalanes por parte de Cataluña". Así las cosas, y en vista de la autonomía madrileña, todo será que a alguien bien pertrechado filológicamente se le ocurra poner la Biblia en cheli, si el padre Llanos no lo evita.

Aleixandre, sigue

Un acto más en homenaje a la memoria de nuestro último premio Nobel, esta vez en el Centro Cultural de la Villa de Madrid y con la señalada intervención de Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Concha Zardoya y Claudio Rodríguez. El maestro Dámaso, que confesó no poder ya escribir de otra cosa que no sea su próxima muerte, leyó alguno de los poemas inéditos que su amigo Vicente escribiera entre 1917 y 1923, previos al auroral poemario "Ambito", que en número de 51 figuran manuscritos en una libreta conservada por nuestro veterano y glorioso académico, quien se propone dispensarlos parcialmente en la revista "Insula". Que no son el poema "Número", publicado por "Revista de Occidente" en abril de 1926; ni los anticipos de "Espadas como labios" (febrero de 1932) y "La destrucción o el amor" (abril 1933) que ahora recoge, como separata al extraordinario del pasado enero, y en edición facsimilar



Vicente Aleixandre

la misma revista, acompañándolos de textos de Soledad Ortega, su directora, y de José Antonio Muñoz Rojas.

Por su parte el mayor estudioso de Aleixandre, el poeta y profesor Carlos Bousoño, declaró en el referido acto que, como albacea literario del fallecido Nobel español, tiene en estudio varios legajos de inéditos del poeta con los que, tras la obligada revisión –pedida por el propio autor– espera reunir un volumen de obra póstuma.

Esclarecedores caprichos, cuando el antólogo es de categoría

Debelador de la supuesta "clarté" francesa, y más ante los avatares de los filósofos del país vecino en esta segunda mitad del siglo, el incansable y lúcido polemista que es Jean-François Revel se descuelga con "Une anthologie de la poésie française" (Laffont), un volumen de casi 700 páginas sin desperdicio en que se aplica a seleccionar poemas, líricas, sin importarle la celebridad o menos de sus autores. Y prescindiendo de cuantas celebridades le viene en gana, por descontado. Empieza con la lionesa Louis Labé, la Belle Cordelera, Malherbe o Marot, para llegar a Yves Bonnefoy y al precoz y malogrado Olivier Larronde (1927-1966), último de los "grandes poetas preciosos". Pasando, eso faltase, por Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y su amigo-amante Germain Nouveau; también por el Tristan Corbière, puesto nuevamente en órbita por Pound y el vicecónsul Henry Jean-Marie Levet, cuyas obras salvara la librera Adrienne Monnier, la inseparable de su colega Sylvia Beach, o el sadiano –no sádico– Gilbert Lely. Más los imprescindibles Apollinaire, Eluard, Char, Senghors, etcétera. Pero sin dejar sitio a Lautréamont, a Péguy, a Claudel, a Cocteau ni a Louis Aragon, "que se convirtió en organillo a la puerta del gulap", tampoco al "pintoresco pero insignificante" Prévert. Tiemblen las esferas.

Un colega de boca fina

Crítico literario de "La Renaixença" y colaborador asiduo del "Brusi", "Lo Gay Saber" y el "Calendari Català", traductor castellano de la "Mireio" mistraliana y de "Lohengrin", y de la "Oda Secular" de Horacio al catalán, además de autor de un estudio biográfico del filósofo Llorens y Barba y de unas ponderadas "Investigaciones sobre el Sinaí" el barcelonés Celestino Barallat Falguera fue concejal de Barcelona, por los conservadores, de 1875 al 77 y mantenedor de los Jocs Florals en el primero de dichos años. Académico de la de Buenas Letras, leyó ante ésta una memoria sobre "Nyerros i cadells" (1891). Pero lo que más embargó su atención de poeta y estudioso fue el tema de la muerte. En este terreno suyo fue el estudio "Shakespeare y Moratín ante la fosa" y las "Memorias sobre el derecho funerario de las XII Tablas". Preocupación que conjugada, acaso, con el peso de su apellido materno le llevó a escribir unos impagables "Principios de botánica funeraria" que, para deleite de ecologistas avisados, indica con detalle cómo ornamentar con exquisitez los camposantos y no olvida ni el apropiado color ni el poder curativo de toda planta utilizable; sobre recomendar para los ataúdes la madera de cedro, cuyo perfume –asevera– "aleja insectos y gusanos de las tumbas". De tan curiosa obrita, en su edición de la Tipo-Litografía de Celestino Verdaguer (1885), ha hecho una deliciosa edición facsímil, con prólogo de Jaume Bover, la barcelonesa Alta Fulla.

Aumentan las exportaciones, en efecto

Contra el tópico de que los países de la Europa del Este, a la hora de traducir autores contemporáneos sólo recurran a los de su propia cuerda, baste el ejemplo de la editora estatal Narodna Kultura, de Sofía, que en sus catálogos incluye a T. S. Eliot y Ungaretti, Musil, Robert Walser, la Youcenar o Doris Lessing. Y que en el presente curso va a ampliar su interés por lo español con un volumen de cuentos en catalán y otro en castellano, además de "El Criticón" del jesuita Baltasar Gracián o las rimas y leyendas de Bécquer. Igualmente, una "Antología" de León Felipe, "La arboleda perdida" de Alberti, "Ensayos" de Lorca y "Cuentos y ensayos" de Max Aub; pero también "Largo noviembre de Madrid" de Juan Eduardo Zúñiga, "Cuentos" de Jesús Fernández Santos, "Volverás a la región" de Juan Benet, "Recuento" de Luis Goytisolo y "Las ninfas" de Paco Umbral. Así lo recoge, con explicable satisfacción, la revista del INLE: ¡Españoles en búlgaro!